

Día 21 de Junio. El regreso.

El despertar fue temprano. Se había acordado que a las 8 horas todo el mundo debería estar con sus bártulos en el autobús. El plan consistía en salir pronto del excéntrico hotel, no por su nombre o extravagancias, sino por su lejanía del centro de la capital, con el fin de aprovechar el máximo de tiempo libre para poder ver tranquilamente Oslo antes de marchar hacia el aeropuerto de Gardenmoen (en español Condemoor).

El bufé del desayuno mostraba una actividad inusitada. Un observador externo habría notado cómo un buen número de los comensales se preparaba sabrosos y abundantes bocadillos para el viaje ante la mirada comprensiva y condescendiente de los camareros. Bueno, eso es lo que les pareció ver a estos cronistas.

Ya se ha hablado repetidamente en estas crónicas de Jaime y de Sonia. Entre las distintas variables que influyen en el desarrollo de un viaje para que resulte de un modo u otro, las figuras del guía acompañante y el conductor del autobús, conductora, en este caso, son fundamentales. Jaime y Sonia, uno con su ilustrado discurso penetrante y multicolor y la otra con una pericia fuera de lo habitual, han sido piezas claves en el desarrollo exitoso de este viaje. Los versos, que no ripios, de Rafi han dejado meridiana constancia del afecto y el reconocimiento que el grupo ha ido gestando a lo largo de estos días alrededor de estas buenísimas personas. Ojalá nos podamos volver a encontrar en algún otro momento en alguno de los vericuetos con los que la vida nos sorprende.

Llegados a la Ópera de la antigua Kristiania, nos dispersamos por grupos de número irregular hasta el reencuentro de las 13 horas.

A partir de este momento se vivieron diversas visitas según las preferencias o preelaciones de cada cual por lo que estos cronistas tuvieron que gastar tiempo y energía en recabar información en diversas fuentes con el fin de que todos se vieran representados de alguna manera.

Unos estuvieron andorreando alrededor de los soldados de la guardia del Palacio del Rey, haciéndose fotos incluso hablando con sus hieráticas figuras, comprobando que en efecto su planta tiene forma de C. Nos referimos al edificio, claro.

Un grupo se dirigió presto al Museo Nacional andando tan ligero que cuando llegaron aún estaba cerrado. Las habilidades lingüísticas y organizadoras de Rafi permitieron, nos dicen, que el grupo visitara el museo con entrada reducida. Las obras de impresionistas franceses y de algunos paisanos nuestros como Ribera, El Greco, Velázquez y Goya, dieron paso a la sala de Munch donde sobresalía, a tenor de los visitantes, El grito, el afamado cuadro que refleja la sensación terrorífica que sintió el autor en un atardecer cuando paseaba con unos amigos por un ramal del fiordo y escuchó un grito espeluznante.

Hubo quienes se hicieron fotos y se mezclaron con un grupo pintoresco de jóvenes letrados recién graduados.

Otros no pudieron resistirse a entrar en Zara, bandera insignia de las tiendas de ropa, ubicada en dos espléndidos edificios muy cercanos al Parlamento.

También varios grupos visitaron la catedral de El Salvador y el antiguo mercado que la circunda

actualmente ocupado por multitud de bares.

Quienes visitaron el Ayuntamiento pudieron recrearse de nuevo en su gran patio interior decorado con sugerentes murales en donde se formaliza la ceremonia de la concesión del Premio Nobel de la Paz.

Un grupito tuvo la oportunidad de entrar en el selecto Gran Hotel. Otros no lo pudieron hacer por estar limitado el número de visitantes.

La mayoría pudo comprobar que la calle Carlos Juan (en español, para que no se nos olvide), que enlaza la Estación Central con el Palacio Real, es la arteria por donde fluye la vida ciudadana y en donde se encuentran los edificios de mayor interés de la capital. Alguien facilitó a estos cronistas, casi de forma anónima, un texto en español que a modo de grafiti, se encontraba en un recóndito espacio de Zara:

De Oslo yo te digo,  
marinero, marinero,  
que si vienes por estos lares,  
es como subir hasta el cielo.

La proverbial puntualidad de La Tribu permitió dirigirnos a la hora acordada hacia el aeropuerto. Aún se pudo saber que hubo quien había echado más de mil fotos, siendo las figuras preclaras de Ibsen, Amundsen, Nansen, Grief...sus objetivos preferidos y que Teresa, no sabemos cómo, había ganado la cuantiosa porra del partido de España.

La llegada bastante adelantada al aeropuerto fue acertada por cuanto un sistema informático desconocido para muchos, y que vaticina las pérdidas de trabajo asociados a los tradicionales sistemas, nos estuvo enredados un buen rato. Como el algoritmo de su funcionamiento no obedece nada más que a criterios de funcionalidad, las parejas se separaron temporalmente.

Después de un cansino transbordo en Copenhague llegamos con la familiar oscuridad de la noche a Málaga. Aena o alguno de sus primos generó un gran desconcierto en la recogida de los equipajes. Lourdes, la responsable de Viajes Mezquita nos estaba esperando. Por fin, cansados, pero intensamente confortados por el viaje realizado, llegamos a Córdoba. Otra cosa será que, una vez descansados y con la serenidad requerida, elevemos a quien corresponda las propuestas de mejora que consideremos convenientes con el objeto de que los viajes de La Tribu sigan siendo incomparables.

Griselda, Julia, Paco y Teresa